

EL ESPACIO MISIONERO EN LA COSMOVISION DE AMBROSETTI

Dra. Josefa Luisa Buffa*

I- Exordio

1.1. Lugar de privilegio ocupa, en la ciencia argentina, Juan Bautista Ambrosetti, cuyo perfil científico ofrece, en pluridimensión, al biólogo, etnógrafo, lingüista, geógrafo, arqueólogo, museólogo e investigador incansable.

Su viaje a las misiones argentinas y brasileras del Alto Uruguay constituye un rico repertorio bibliográfico. El título ilustra al lector y al catalógrafo, pues fija el criterio del autor en la acumulación de informaciones durante su prolongado periplo. Aquéllas constituyen abundante caudal de referencia geoeconómicas y socio-culturales.

1.2. La estructura interna de la obra conformase de los siguiente campos semánticos:

A) los grandes ríos llaneros (cap. I-IX-XI-XIV)

B) la tierra colorada (cap. II-XIII-XIV)

C) en las misiones argentino-riograndenses (cap. III-IV-V-VI-VII-XII)

1.3. En el **Prólogo**, Ambrosetti explica los motivos que lo impulsaron a escribir sus impresiones.

«Acabo de efectuar una excursión por la espléndida región de las antiguas Misiones, y tratando de apuntar en un diario de viaje las observaciones que hoy presento, bien o mal escritas, creo que habrá contribuido a hacer conocer parte de un territorio que hasta ha sido poco estudiado».

1.4. consciente de que la verdad es el peso de la historia, Ambrosetti obra con espíritu crítico y realista. Vuelca el resultado de sus viajes con precisión sistemática. Su plan expositivo sigue el derrotero que le permite obtener datos merced a la observación del com-

plejo conjunto que le ofrece la realidad. De ahí, que entre sus mayores méritos figuren el conocimiento directo del territorio, la inteligente recolección de noticias, la flexibilidad de criterios, tanto propios como ajenos, y la claridad expositiva.

1.5. El presente trabajo intenta dar a conocer la visión ofrecida por el científico entrerriano, en una circunstancia histórica concreta - el extenso viaje que el autor realizara a las misiones de Argentina y de Brasil, entre fines de 1891 y comienzos de 1892-, a través de la relación texto-contexto. El camino de acceso es la obra que nos ocupa. El rastreo se propone fijar la «situación del discurso» o conjunto de circunstancias que enmarcan el acto de comunicación, constituido por el «corpus examinado».

En los feudos regionales, Ambrosetti penetra con atento espíritu. Es indagador puntual y esmerado tanto en noticias como en reflexiones personales. En la observación y ordenamiento referencial, se revelan su intención y objetivos. El «logos» autoral incluye los datos necesarios para brindarnos un conocimiento general del solar que visitara.

II- Fuentes

2.1. Tradición escrita

Todo discurso implica relación dialógica (emisor/receptor); no hay una sola voz sino polifonía, intertextualidad. Esta relación se establece entre los textos, a partir de la inclusión de uno en otro, en forma de cita o alusión. El juego intelectual apela a la competencia cultural o ideológica de los receptores. conforma el conjunto de vínculos con otras voces imbricadas en la trama de un discurso.

2.1.1. Con criterio juicioso, Ambrosetti revela las fuentes de su diario. Ya en el «Prólogo», anuncia:

«Debo hacer constar que he tenido la suerte de que el agrimensor nacional don Juan Queirel, uno de los «pionners» de la primera hora de Misiones, me cediese su diario de viaje... el que publicó casi íntegro, intercalando sus páginas llenas de datos interesantes, entre las mías»

En la voz del narrador, se interpola este discurso indúbido, que posee valor en sí mismo y sirve de matriz al relato del entrerriano. con total humildad, éste puntualiza:

«El diario de viaje del señor Queirel se hubiera perdido seguramente porque con su modestia habitual, no

*Instituto de Investigaciones Científico-Culturales de Concordia

creyéndolo de importancia, habíalo archivado; felizmente, accediendo a mis ruegos, me lo entregó, y hoy, al publicarlo junto con el mío me hago un deber de consignarlo; y como no desco vestirme con las plumas del grajo, los capítulos que le pertenecen llevarán el título de Expedición Queirel».

En efecto: el trabajo de quien realizara mensuras entre las selvas vírgenes, llena un vacío. En los capítulos IX y X, Ambrosetti cede la palabra a Queirel, a través de cuya voz se presenta un cuadro del Alto Uruguay -cuya vaguada se obstaculiza por correderas y saltos- entre San Javier y la Colonia Militar brasilera. El capítulo II es documento veraz sobre las ruinas del pueblo de Santa María y la leyenda del Cerro Monje. El enunciado referido es estrategia discursiva que mantiene frontera nítida entre el discurso citado y el citante; es fiel al original.

2.1.2. Buena parte de la crónica de Ambrosetti es testimonio de la obra misional de los hijos de Loyola. Sírvelê de apoyatura «La república jesuítica del Paraguay» (1836) sobre la que revela lo siguiente:

«Me guió por la obra del P. Gay, la más completa que conozco sobre las misiones, de quien tomo la mayor parte de los datos sobre ellas...en sus momentos desocupados escribió sobre los pueblos de los jesuitas, haciendo así un señalado servicio a la historia de las misiones y mereciendo el ser publicada bajo los auspicios del Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro». cap. IV, 62

El censo de 1767 de Peramás ilustra el caudal poblacional de los pueblos jesuíticos tanto del espacio paraguayo como de la cuenca del Paraná y Uruguay.

Para ilustrarnos sobre la esclavitud en Brasil, recurre a las estadísticas del «Anuario de Río Grande» (1889)

2.1.3. Al cerrar el capítulo XIV, el autor rinde justo homenaje a Eduardo Holmberg, cuya obra «Viaje a las Misiones» (Córdoba, 1887) dejara imborrable impronta en su espíritu joven. El propio testimonio lo corrobora.

«Ese libro me sedujo, puede decirse, y fue uno de los causantes del presente viaje; su estilo ameno y sobre todo su verdad indiscutible en cuanto a los hechos observados, hace de él, no sólo una publicación útil sino también agradable»

La comunión entre la tierra y su alma será el motivo principal de goce y fontana de goce. «En el río, en la selva, en el campo, a pie, a caballo o en canoa, durante todo el viaje, a cada momento, me

acordaba sin querer de algún pasaje o panorama análogo y sin darme cuenta dónde había visto otro igual revolvía mi memoria infructuosamente, hasta que al fin recordaba que aquellos árboles y aquellas escenas no eran sino negros caracteres que marcaban sus contornos sobre las páginas blancas de mi amigo Holmberg»

2.2. Tradición oral

2.2.1.1. Informante calificado

Si el autor no pudo comprobar «de visu», lo señala por boca de testigo mayor. La 3a. persona reafirma su posición de mero cronista, que recurre el testimonio indirecto para recrear el hecho.

«Como llegamos un poco temprano y teníamos tiempo para dormir, me hice contar la historia de la picada por Fragoso, que como vecino viejo de esa parte de Misiones, la conocía» (cap. III, 124)

«Me acompañaron presentándome a muchas personas, entre ellas al señor don José Ayala, presidente de la municipalidad, a quien debo muchos datos útiles» (cap. II, 39)

En diversas circunstancias, Ambrosetti integra a la suya la palabra de otro. El discurso citado pierde autonomía, pues se subordina al citante, anula las huellas de la otra enunciación. En el discurso indirecto, el cronista revela su posición ideológica o afectiva.

Durante su travesía por tierras de Brasil, el viajero observa diversos hechos que atraen su curiosidad.

«Interrogué a mi cicerone y me dijo entonces que era creencia general que las cruces esas libraban a las casas de las visitas de las epidemias» (cap. VI, 82)

«...llegamos a la estancia del señor don Juan Antonio Rodríguez; conversando con él, me dijo que (sobre la barba de chivo) no convenía quemarla como hacían muchos; que, a pesar de todo, cuando es tierna la comen los animales, y que también debajo de ella siempre crece un poco de gramilla» (cap. III, 56)

«En la costa paraguaya de Encarnación, don Joaquín de Aramburú me dijo que allí se aparecía la Virgen milagrosa de Itacuí, entre una rajadura de piedra» (cap. XIV, 134)

2.2.1.2. En los ejemplos transcritos, los informantes se identifican. En otras oportunidades permanecen innominados. Ambrosetti, si bien recoge y reitera noticias recibidas, impugna lo que no considera admisible.

«Esa noche salió la conversación del tigre negro y como no creyera en su existencia, me aseguraron que tanto en la Campiñas de Américo como en Parí, frente adonde estábamos, habían muerto tigres negros: pocos días después pude cerciorarme de la verdad viendo el

cuerdo del tigre negro muerto en Pari» (cap. XII, 115)

Los esfuerzos distributivos subrayan, alternativamente, las menciones anónimas. Actúan como tales palabras que conforman un estrecho sistema semántico.

Cuando las fuerzas aliadas hispano-portuguesas atacan San Luis en una madrugada de agosto de 1756.

«tomaron al pueblo y a tres jesuitas, curas de la misión, y al padre Tadeo, superior de ellos, y quien, según unos, fue el autor de la rebelión contra éstos y general de todas las batallas dadas anteriormente, según otros el autor principal lo fue el padre Lorenzo Balda.» (cap. V, 72-73)

El drama de la loca Miriam, pobre muchacha polaca que recorre desnuda y hambrienta las calles de Santo Angelo, conmueve dolorosamente al viajero. Interesado en conocer el porqué de la indiferencia de los pobladores, intenta averiguar la causa.

«Unos le sacaban el cuerpo diciendo que en eso tenía que ver la empresa de colonización y otros con misterio me dijeron: pero si es una judía» (cap. VI, 79)

El referente impersonal se esconde, a veces, porque se desconoce, o se calla intencionalmente, o carece de interés. En las ruinas de San Miguel, está todo invadido por la vegetación y

«el templo fue incendiado, según dicen, por un rayo» (cap. V, 75)

2.2.1.3. Aspectos diversos de la vida de la época se presentan con relativa minuciosidad, a través de otras fuentes testimoniales. Tales son las tradiciones -formas concretas en las cuales permanecen costumbres y leyendas transferidas en el sucederse de generaciones- que Ambrosetti recopilara en noches de fogón o en el transcurso de largas travesías.

Quien, como nuestro autor, visita el corazón de la tierra, advierte facetas curiosas y pintorescas en la modalidad de sus habitantes. Modalidad que informa sobre prácticas y hábitos peculiares y que en Hispanoamérica poseen especial importancia. Las leyendas, las supersticiones, las creencias, el hechicerismo son una parte de la vida diaria del pueblo. Ambrosetti ha constatado que el hombre lleva grabado todo un pasado remoto y prodigioso, que lo vuelca en firmes convicciones que integran su vida activa. La literatura folklórica ofrece abundante material a través de tradiciones costumbristas y creencias, difundidas en gran parte del territorio, como la de los «promeseros del Espíritu

Santo» (cap. II, 45), de cruces liberadoras de epidemias o banderas levantadas al santo venerado: San Antonio, San Pedro (cap. V, 82); de la Virgen milagrosa de Itacua o del santuario del Monje (cap. XIV, 34-35)

La tradición oral se enriquece por leyendas recogidas de boca de viejos moradores: historia de la picada de Paggi (cap. XIII, 124-125), que sirve de vía entre el Uruguay y San Pedro; el mito de la «lovisona», «muy en boga y que todos la cren a pies juntos» (cap. V, 76-77); referencias pormenorizadas sobre la cacería del tigre (cap. XII, 113-115). La poesía anónima y popular que alentara la idea republicana en Brasil se vuelca, en el capítulo VIII, en forma de himnos a la república riograndense, alabanzas a sus héroes y hasta Señales de la Cruz en verso, que identifican a los republicanos o «farrapos» (cap. VII, 90-91)

2.2.2. Narrador-testigo: visiones

2.2.2.1. El cronista, en la persona, se integra a la trama como relator interesado en los acontecimientos. La participación activa en sucesos contados desde la intimidad de la obra intensifica el tono particular de las evocaciones. A lo largo de la crónica, Ambrosetti revela dos actitudes:

a- objetiva: enfatiza su condición de relator. Se funda en el valor testimonial que concede a los episodios contemporáneos al expositor, en su calidad de personaje o testigo, si la integración a la realidad se realiza en la persona. Esto se reitera a lo largo del discurso.

b- subjetiva: el narrador se incorpora al texto con intervención directa, sea en la o en 3a. persona, a modo de interpolaciones reflexivas. Esta actitud conlleva una crítica comprensiva de la conducta humana o de algún aspecto de la realidad.

El narrador puntualiza conocimiento directo de cosas, seres, lugares. La 1a. persona integra al yo aural en el mismo escenario al que, desandando el tiempo, había pertenecido al ver y protagonizar un suceso. Es, entonces, cuando los recuerdos conforman la fuente más valedera. Aquello que hemos hecho o presenciado en alguna circunstancia conforma una evidencia contundente que no requiere prueba sino muestra categórica afirmación.

2.2.2.2. La personalidad de Ambrosetti, las ideas, las circunstancias en que se halló, su cultura y carácter moral, la capacidad de observación, unidas a su condición de testigo presencial de lo narrado o descrito, favorecen la credibilidad que merecen sus noticias.

Acerca de las actividades del agro, manifiesta sobre los colonos que labran sus chacras: «Yo los he visto trabajar hasta el día domingo y todos muy contentos» (cap. I, 35)

Al recorrer el estado de Río Grande, destaca las cualidades equinas:

«Lo que he observado es que tienen muy buenos caballos, todos bien formados, altos y gordos» (cap. III, 57)

En su página evocativa, no falta la alusión a viejos pueblos jesuíticos:

«En la casa del vecino con Gactano Biaggio, he visto el frente de San Miguel fotografiado en un plano levantado según las ruinas» (cap. V, 74)

En la misma aldea, la nueva capilla alberga los santos del antiguo templo. Entonces, el viajero revela:

«Allí ví como una docena, todos de madera, enormes la mayor parte y del mismo tipo de los de San Luis» (cap. V, 76)

Los indefinidos incorporan al observado en 3a. persona, indirectamente, aluden al autor quien, aunque se refiere a sí mismo, otorga al vocablo valor general con verbos en 3a. singular. Es fórmula de modestia para evitar el yo enfático.

Ante el espléndido Moconá, manifiesta:

«...enorme masa de agua que se precipita dividida en chorros delante de uno...dentro de uno se sienten emociones múltiples de profunda admiración contemplativa» (cap. XI, 109)

La pasiva impersonal traduce las vivencias del autor ante la naturaleza. El único sujeto que se ofrece a la mente es la misma acción verbal. «Y se sigue caminando sobre el gran pedregal..., se tropieza, se pisa mal» (cap. XI, 109)

A veces, Ambrosetti se oculta en el sintagma nominal, que restringe su campo semántico pues alude al propio cronista.

«El salto se presenta magnífico, espléndido, el viajero se siente extasiado ante la majestad imponente» (cap. XI, 109)

«El placer de la satisfacción primero, el dulce abatimiento después...estimulan o desalientan al viajero bajo aquel sol terrible...» (cap. XI, 109)

2.2.2.3. Nuestro autor, al modo de Tácito, presenta una crítica del proceder humano, se-

gún un canon universal de valores. Los atributos dinámicos de los personajes se infieren a través de su accionar, impulsado por motivaciones espirituales (deseo, volición, represión, etc.). Ambrosetti ofrece reflexiones, a veces tajantes, sobre múltiples aspectos de la realidad que le fue dable observar, conforme con lecturas o experiencias personales: lamentable estado del templo de San Miguel debido a la desidia gubernamental (cap. VI, 76); negligencia y apatía de los colonos misioneros, «lentos de ridículas preocupaciones» (cap. VII, 87); el latifundio y la explotación indiscriminada de bosques y yerbatales, como factores negativos para el progreso (cap. XIV, 130-131); inadecuado sistema de pago a los jornaleros, lo cual redundaba negativamente en el trabajo (cap. XIV, 132). Frente al drama de la pobre muchacha polaca que deambula miserable por Santo Angelo, el observador reflexiona sobre nuestro egoísmo:

«Yo comprendo en muchas personas ese adormecimiento de los sentimientos para con las desgracias de los semejantes, esos son los frutos de la esclavitud, que con los años ha acostumbrado al pueblo a hacer diferencias odiosas entre los hombres, narcotizando poco a poco el corazón a tal punto de ver muchas veces con la mayor naturalidad, flagelar a un negro o vender al hijo separándolo de la madre». (cap. VI, 80)

Las actividades agropecuarias o industriales del oriente mesopotámico se definen elogiosamente: los viñedos forman la base del gran porvenir de Concordia, la «Bordeaux argentina» (cap. I, 31); el arroz es «excelente y de gran rendimiento» (cap. I, 35); los naranjos «toman un desarrollo extraordinario» (cap. I, 36); el maíz produce «de un modo asombroso» (cap. I, 36); el azúcar de caña «promete brillantes resultados» (cap. I, 36); el higuerón, la mira, el caraguatá, el guembé, como materias textiles, «serán artículos de fuerte exportación» (cap. I, 37).

Referencias optimistas caracterizan la idiosincracia de algunos pueblos: Santo Tomé y Concepción se destacan por su espíritu de progreso y la sencillez de sus habitantes (cap. I, 34-35); Paysandú es ciudad gloriosa, la «Numancia moderna» (cap. I, 30); Concordia es la más industrial de Entre Ríos; tiene comercio muy importante por ser cabeza de la línea del ferrocarril del Este Argentino...su actividad hace que no parezca una ciudad de provincia» (cap. I, 30-31). Sobre la capital de Misiones, destaca:

«El viajero que crea ir a Posadas para ver algún pueblo original o raro, debe dar vuelta y evitarse el viaje; pero si desea ver un pueblo culto, una ciudad bonita a 400 leguas de Buenos Aires, y sobre todo el fruto del trabajo individual y de la iniciativa particular puede ir convencido de que nunca se quejará de haber hecho un viaje más agradable y dudará por momentos de encontrarse en ... plena Misiones donde no creía hallar sino ruinas de los jesuitas en medio de un naranjal espeso sin otro ruido que el canto de la chicharra o el rugido de algún tigre. Posadas no es una ciudad muerta, allí hay movimiento, allí hay vida propia, esas siestas patriarcales de antaño se van dejando porque el comercio activo y emprendedor es el que mejor despierta y hace mover a los pueblos y sociedades». (cap. XV, 138-39)

En actitud crítica, revela independencia de juicio frente al objetivo de instalar una Colonia Militar, hacia 1789, en la frontera.

«El fin de esta Colonia no fue simplemente la agricultura, sino más bien político bajo el punto de vista de la estrategia militar, según ellos, pero yo no veo qué importancia estratégica puede tener, cuando cerca no hay poblaciones, la costa desierta e inaccesible, en la Argentina y el Uruguay en su mayor parte navegable sólo cuando hay crecientes, que en caso de un conflicto sería para ellos como salir de la sartén para caer en el fuego.» (cap. VII, 87)

2.2.2.4. Muchas veces, Ambrosetti expresa certeza con respecto al futuro cumplimiento de un proceso. La prolepsis (prospección) conlleva la seguridad de que aquél se cumplirá indefectiblemente, basándose en la experiencia previa. No falta en el desarrollo narrativo -discurso digéstico- la reflexión que encarece el cambio fundamental del territorio mesopotámico.

«¡Qué porvenir grandioso le espera al Este argentino, con la base que hoy tiene de centros de población a cual más rico y campañas fecundas y abundantes de colonias prósperas!» (cap. I, 28)

«El Este argentino que todo lo produce desde el trigo hasta la viña, la caña de azúcar, el tabaco, el café y las maderas tiene un inmenso porvenir. Porvenir no lejano, porque marchamos a pasos gigantes, con todos nuestros defectos y nuestras desgracias, porque en nuestro fondo hay grandes tesoros de sentimientos nobles y elevados que anteponiéndose a las miserias del momento, nos arrastran al progreso y a la civilización; porque no somos egoístas, sino demasiado liberales, siendo los primeros en recibir con los brazos abiertos al hombre trabajador de cualquier nación, raza o religión, sin preguntarles de dónde vienen, cómo se llaman o en qué Dios creen». (cap. II, 51)

En pleno siglo XIX, Ambrosetti aplica la prospectiva al cambio potencial del paisaje. La observación directa de la hidrografía le advierte

sobre la importancia del Uruguay, el «río eje», el «río ruta», que perfila una función socio-económica que confieren relevancia a su traza geográfica.

«¡Cuántos centros de población; qué de productos varios; cuánta riqueza en formación que un día, desarrollándose, llenará este mismo río que hoy apenas surcan pocos vapores y algunas canoas, de embarcaciones de todo género, y el hombre, ese supremo luchador, ese terrible enemigo de la naturaleza que con su cerebro ya pudriéndolo todo, haciendo saltar las vallas que hoy se oponen, abrirá ese edén al trabajo, a la industria y al comercio». (cap. II, 51)

2.2.2.5. La imagen del «tiempo circular», la «ronda» de la fortuna plantea interrogantes a nuestro comprovinciano, quien medita sobre la inestabilidad de las cosas humanas, tan magníficamente descritas en la página bíblica como en la lírica greco-latina. Frente a los pueblos que reflejan en sus ruinas toda la decadencia de la obra misional, Ambrosetti comprueba la inconciencia de la monarquía borbónica que ha reducido a escombros todo un pasado de pujanza y grandeza.

«En esos salones del colegio, cuántos proyectos, cuántos sueños dorados de dominación, cuando al concluir de una gran fiesta los jesuitas se entregaban al descanso después de ver miles de seres humanos posternados a sus pies sin más voluntad que la de ellos. Si se imaginaban en medio de sus infinitas sensaciones de satisfacción, ellos que se creían los fuertes, los invulnerables, los omnipotentes, que casi habían llegado a dominar al mundo, que un día un ministro con cuatro plumadas echaría por el suelo como un castillo de naipes la obra de un siglo. Que sus grandiosos monumentos, que tanto sudor costaron a sus neófitos, serían presa de las llamas; que sus ornamentos y sus riquezas serían botín de guerra» (cap. IV, 61)

Es notoria la intolerancia del cronista sobre la obra jesuítica, según se desprende de sus propias palabras.

«Ellos no fundaron pueblos, ¡no!. Lo que hicieron fue construir suntuosas iglesias, inmensos colegios para ellos, explotar los neófitos en un trabajo incesante, transformarlos en máquinas que funcionaban a toque de campana, tratar de que comieran bien, que bailaran y rezaran mucho, sin inculcarles ni depertarles ninguno de los sentimientos que transforman a la bestia en hombre» (cap. IV, 61)

A lo largo del capítulo IV, se destilan noticias sobre la imprenta y el aprendizaje del guaraní con una sola finalidad: aislar a los indios e incomunicarlos de los blancos, ghetto intelectual que asegurábase materialmente con reducciones «foseadas y atrincheradas». A pesar de todas estas medidas preventivas, «siempre

había deserciones, a tal punto que la población que llegaba en 1733 a 133000 almas, en 1767, según el censo del jesuita Peramás, sólo tenía 931818 habitantes». (cap. IV, 63)

De acuerdo con el criterio de nuestro autor, dominación, aislamiento y fuga dejan sentir su influencia negativa a un siglo de la orden de Carlos III. Los misioneros llevan todavía, en 1891, en sus fibras «la herencia de la semilla de plomo» sembrada por los jesuitas» y son seres apáticos y negligentes, fruto de la «dominación despótica de cien años» (cap. VII, 87). Esto explica la necesidad de sangre nueva para la tierra del Iguazú.

Tal ideología -slogan de la época- no es nada original. La abundante bibliografía jesuitica neutraliza las referencias de Ambrosetti que fundamentan, en forma muy endeble, sus preconceptos. Los cronistas de la propia Compañía: Techo, Ruiz de Montoya, Lozano, Sepp, Charlevoix, Dobrizhoffer, han refutado a los detractores de la obra ignaciana a través de volúmenes escritos por testigos de su propia causa.

Indudablemente, Ambrosetti no dispuso de toda la información que hoy tenemos. Empero Martín de Moussy, coetáneo suyo, utilizó y publicó parte de ese acervo. Es lamentable que el prejuicio ideológico motive la esquematicidad y anule la posibilidad de analizar la riqueza del proceso y ofrecer, de este modo, resultados aprovechables, tal como lo configura el resto de la obra que analizamos.

III Presencia del lector

En Ambrosetti, existe una intención didáctica motora que impulsa su discurso narrativo hacia el empleo de «excitantes de la atención» (9), de procedencia coloquial, que se revela desde el «Prefacio» del «Viaje a las misiones»

«Escribo para todos: la parte científica la encontrará el lector en los apéndices»

El destinatario -presencia sobreentendida- es pieza importante en la comunicación autoral. Simultáneamente, es interlocutor ficticio (lector) del cronista, sin dejar de ser receptor real (hombre) del autor.

El entrerriano no sólo escribe manifiestamente para alguien sino que intenta compartir hechos y situaciones son nosotros. Nos sumerge en la problemática socio-histórica, invitándonos

a seguirla (función conativa). Nos acerca al mundo recreado para que lo observemos como testigos asombrados e interesados.

«El lector, al leer este capítulo podrá hacerse una idea de los trabajos pasados como prelude de una mensura, y al mismo tiempo conocer esa gran parte del Alto Uruguay» (cap. IX, 93)

En otra oportunidad, no falta la identificación autor - lector con el nosotros, la persona plural incluyente, cuando alude a los pueblos jesuíticos.

«Veamos qué organización y qué métodos seguían para manejar a sus neófitos» (cap. IV, 67).

IV Realidad representada

4.1. Todo el espacio del noreste argentino y misionero-guaraní ha quedado reflejado en la minuciosa prosa del cronista. La visión de la ruralia atrajo, con fuerza irresistible, su atención de viajero y -¿por qué no?- su corazón de hombre. Campo es «verdad rural»; humanamente, es la verdad del hombre, de su vida y de su muerte. La crónica del entrerriano se apoya en los campos cultivados de su suelo natal, en la planicie correntina, anegadiza y sembrada de espejos de agua; en la meseta misionera, abovedada por las venas laterales de los dos grandes raudales que la circundan, en las campiñas quebradas con isletas montuosas de Río Grande del Sur; en el curso del Alto Paraná.

Y en medio de la naturaleza, ora boscosa, ora hosca, surgen los pueblos, presentados como síntesis de la vida misional. Allí está reflejada toda la decadencia de la reyecía borbónica, que deja en ruinas un pasado de grandeza. No obstante...encierran íntima belleza, porque en sus ruinas brota, de vez en vez, un hálito de antigua y heroica hidalguía de apóstoles fuertes e indómitos.

Todo esto, y mucho más plasma Ambrosetti en amplios cuadros de conjunto. En ellos, lo descriptivo, el rasgo ancho y el detalle mínimo se amalgaman armónicos.

4.2. La tierra

4.2.1. En las páginas de la crónica, la comarca presenta rasgos que se reiteran desde las suaves lomadas herbáceas de nuestra mesopotamia hasta el propio corazón del territorio riograndense. La tierra está captada por un observador móvil (descripción topográfica): el

narrador se incorpora al relato con intención directa en la 1a. y 3a. persona, que lo integran al mismo escenario donde protagonizara su periplo.

Forma y técnicas de transporte revelan prácticas hoy superadas e ilustran la adaptación del hombre al medio. Acerquemos diversas imágenes de las zonas visitadas por quien nos recrea con la amplitud de su curiosidad.

4.2.2. Rumbo al solar correntino, Ambrosetti manifiesta:

«Tomé el ferrocarril con destino a Monte Caseros y puerto del Ceibo. Parado en la plataforma empecé a observar el trayecto que recorriamos. Todos los alrededores de concordia son capaces de satisfacer al más exigente. Los viñedos, bien cuidados, puede decirse que rodean la ciudad; todos perfectamente plantados en línea recta, cercados con buenos alambrados y árboles de toda especie, destacándose de en medio de ellos, bonitos edificios; cuando concluyen los viñedos, comienzan los maizales» (cap. I, 31)

4.2.3. Diligencias y galeras dejan por los caminos el sonar de antiguas y dulces colleras. Llegan hasta Santo Tomé, Posadas y Concepción, acercando al viajero un panorama de suaves ondulaciones. Diversos cuadros, de reminiscencia azoriniana, revelan el desplazamiento del observador en el vehículo cuya yunta atiza el mayoral.

«Los campos que atravesamos son ondulados, con isletas de montes, desparramados aquí y allá; de vez en cuando pasamos un arroyito de agua clara y fresca, como todos los de Misiones, agua que corre por entre piedras cargadas de hierro que las hace sumamente sabrosas sin darles color alguno; después de mucho tiempo volví a ver hacienda vacuna que empieza a haber bastante en esos campos, si bien en su mayor parte de pastos duros, no dejan de haber alguno de excelentes pastos de engorde, donde ya hay algunas invernadas» (cap. XV, 140)

Los caminos de Ambrosetti atraviesan toda la geografía del orbe misionero. Por ellos marcha siempre la caballería, sean mulas cargueras de yerba canchada y sufridas para la partida; sean tropillas de escogidos caballos, hábiles en el vadeo de ríos y arroyos, como el Ijuí y el Itacuí, cuyos pormenores ilustra el capítulo III. Uno de los rasgos más salientes del itinerario es la internación en espesuras que cierran toda perspectiva.

«El monte seguía siempre alto, encontrando de vez en cuando tacuarembó, tacuaruzú o tacuara. Los árboles de timbauda, grapiapuña, cañafístola, cangarañá, siete

capotes, sangre de drago, angico y siete sangrías, iban sucediéndose interminables.

Una que otra mancha pequeña de yerba se veía aún. Los isipós abundando siempre, enroscados a los árboles como gigantescas boas, ya uniéndolos entre sí o amarrándolos al suelo, parecían como el cordamen de una embarcación inmensa. Los guaimbes matizaban los troncos con sus grandes hojas recortadas y los envolvían con los innumerables filamentos de sus raíces. Los gruesos incienso o cabriuvás, las canelas diversas, los árboles de loro oprimidos por los higueros que como enormes pulpos lo cubrían con su corteza; las palmeras dispersas alzaban el gracioso penacho alargando su tallo, buscando siempre un poco de sol.

Las caunas parecidas a la yerba, los grandes tarumás con la base de su tronco recortadas, las cerezas, catiguas, vacús, guayabí, guavirobas, ivirarós, tayubas, alecrines, guayubirás, timbó se alternaban, se juntaban, se intrincaban, luchando todos en un asalto desesperado hacia el espacio en busca de aire y luz, y sobre ello, irguiéndose majestuoso el pino con su copa simétrica» (cap. XIII, 128)

La selva misionera, con su vida de tan característica imponentia para el hombre, es objeto de un aguafuerte hondamente sentido y que, en Ambrosetti, logra reflejos de fiel trasunto literario. En él, el paisaje logra la jerarquía de un estado de alma nativa. La flora tropical, de innumerables especies y variedades, presentada a la manera virgiliana a través de la descripción poética de ejemplares enumerados con sus apelativos regionales, demarcan las dimensiones de un escenario de viviente plasticidad.

4.2.4. Transportes fluviales internan al viandante por los grandes ríos mesopotámicos, donde navegan buques de cabotaje y embarcaciones de remo. son el punto de mira que señalan el rostro inaccesible de la selva ribereña y el cuadro cambiante del río, al mismo tiempo amigo y traicionero.

Desde comienzos del siglo XVIII, el Uruguay fue surcado por rústicos transportes, cuyos pormenores describen las ingenuas crónicas de la época. Sobre uno de ellos, la balsa, Ambrosetti cruza a tierra portuguesa (cap. III) y atraviesa los ríos Ijuí grande y chico, en las inmediaciones de Santo Angelo, el último bastión jesuita de las misiones brasileiras (capítulo VI). Por la «ruta de la yerba», se encauzan las comunicaciones con las tierras misioneras, desde las bocas del Plata. Surcándola a bordo del «Rivadavia», Ambrosetti observa las ventajas de la navega-

ción regular que ha permitido organizar una red de trasbordos entre poblaciones multiplicadas a la vera del río condómino, distanciadas por leguas de camino y enfrentadas a la vena de agua. «¡Qué arteria fluvial, qué comercio importante se desarrolla en sus costas, qué capitales inmensos transportan los buques que surcan sus aguas caprichosas y puras!» (cap. I, 28)

El Alto Paraná es surcado por canoas «en su mayor parte de tablas bien confeccionadas y muy grandes, que con 6 remeros andan con una velocidad notable». (cap. XIV, 131). Las del Alto Uruguay son monoxilas. A bordo de estas chalanas, Ambrosetti recoge interesantes noticias en la frontera argentino-brasilera.

«La canoa de una sola pieza y como todas, mal trabajada, se deslizaba perezosamente, lo que me daba mucho tiempo para poder observar a mis anchas ambas costas... La costa brasilera en un gran trecho, está rozada y plantada de caña de azúcar, maíz, etc. Pasamos la isla que está frente a la colonia y que según tengo entendido es argentina; parece por ser alta con un cerro en su centro, un castillo y sus orillas no dan acceso; son de piedra, casi todas cortadas a pique y está cubierta de la misma intrincada vegetación de la orilla. La costa argentina se presenta virgen, salvaje, con su vegetación exuberante» (cap. XI, 106-7)

4.2.5. Fiel a su condición de naturalesta viajero, Ambrosetti enriquece sus referencias con alternativas en las condiciones de viaje y los múltiples obstáculos de una naturaleza hostil: ríos salidos de madre; lluvias torrenciales, soles calcinantes, insectos que pululan hostigando a hombres y bestias.

«...como era la época del vuelo nupcial marchábamos entre una nube de hormigas que nos incomodaban mucho, posándose en la cara, manos, sobre nuestras ropas, en nuestro caballo» (cap. VI, 81)

Naturaleza cruel es la picada de maraña infernal donde «es obra de romanos» abrirse paso a través de chilcales o árboles que todo lo obstaculizan.

«...el tacuarembó, como ola invasora todo lo cubría con su espeso matorral, tronco, árboles, ramas, picada ¡qué picada! pique abierto de nuevo hacía poco por unos troperos; en medio teníamos que ir a lo indio, por las costillas de la mula, era imposible pasar de otro modo, no valían los machetes; el tacuarembó con su red de miembros oponía una resistencia tenaz» (cap. XIII, 125)

El río es ser esencialmente dinámico y proteico. Remansado y sereno, hace posible la placidez del viaje.

«Bajo los ardientes rayos de un sol tropical en nuestras

canoas sin toldos, la Capitana, la Martín Fierro y la guarumba nos deslizábamos suave y tranquilamente sobre las aguas quietas del Uruguay» (cap. IX, 93)

Otras veces, tumultuosos saltos y correderas conforman perfiles de equilibrio, rupturas de pendiente, producidas por «algún paroxismo de fuerzas endógenas», que confortan peligrosos desafíos. Con técnica cinematográfica, Ambrosetti pormenoriza la ímproba tarea de salvar las restingas, en los abruptos arrecifes del Moconá, el Salto Grande de Misiones,

«la navegación era cada vez más difícil; los remos fueron inútiles, el botador solo no hacía avanzar: oímos claramente el rugido del salto cada vez más fuerte, los rápidos se sucedían frecuentemente, ya el botador solo no daba: era necesario saltar sobre las piedras y tirar la canoa a sirga y echarse al lago para empujarlo» (cap. XI, 109)

Rumores sordos interrumpen el adormecido silencio de selva y río. Cumanday, Roncador, Mbiguá, Yacaré, Mburicá son otras tantas correderas que alertan sobre una difícil travesía. (cap. IX y X)

4.3. Economía

La inclinación del antropólogo por conocer el contexto socio-cultural confiere unidad a las diversas isotopías que subyacen en el hilo narrativo. Se exalta la transformación del campo montaraz en plantío fructífero. El valor económico está representado por la producción en sus distintas formas. El territorio ofrece condiciones promisorias para el desarrollo del agro, cuyas tareas se observan en el oriente fluvial mesopotámico, en el sur misionero, en los rozados seváticos, en las campiñas de Río Grande. Feraces regiones donde es constante la presencia de los cultivos. La actividad económica se orienta hacia la vida agrícola y sustituye a la antigua y expuesta faena de localizar y expoliar los yerbatales silvestres de la selva.

El cronista puntualiza datos de rendimiento, condiciones del suelo y perspectivas.

«...Chajarí, plaza importante de la colonia Villa Libertad, tiene actualmente 4000 habitantes, en su mayor parte italianos, con 6000 hectáreas sembradas, 40000 árboles frutales y 10000 forestales. Los colonos se dedican a cultivos varios, predominando el trigo y el maíz, y se ha empezado la plantación de la viña de la que ya existen 40 hectáreas» (cap. I, 31)

Unida al agro, corre la industrialización de sus productos: elaboración de la yerba mate (ingenio de Saracurá, capítulo VI), de fariña de

mandioca y maíz (capítulo VI), de caña (capítulo, VI).

Los bosques subtropicales proporcionan excelentes maderas, que son transportadas por las corrientes potámicas aguas abajo en las famosas jangadas (capítulo II, 47-48) y empleadas en la construcción de viviendas, piraguas o guavirós, de almadías o canoas.

Zonas de pastos duros, en Río Grande, impiden la explotación pecuaria «a campo», esto es, sin abrigo artificial de los ganados vacuno, caballar y mular, cuya cría se realiza en las estancias.

La abundancia de la fauna facilita una destreza peligrosa y apasionante. La caza de ciertas especies -venado, tateto, anta, tigre- conlleva el aprovechamiento de la piel y de la carne.

4.4. Asentamientos humanos

4.4.1. Las descripciones de pueblos y ciudades multiplicadas a lo largo de los ríos o en zonas mediterráneas ofrecen múltiples aspectos de la realidad urbana. Referencia sobre sus emplazamiento, trazado, plazas y principales edificios, actividad comercial e industrial, construcciones, aspecto ético-social, vínculos con el entorno, perspectivas, etc., se suceden a lo largo de interesantes capítulos como el I, II, XIV, XV. He aquí la panorámica de la capital misionera: «La ciudad vale la pena de conocerse, tiene aspecto muy pintoresco, situada como está sobre una barranca no muy alta que entra un poco en el Paraná; su situación geográfica determinada por la comisión de límites con el Brasil es 55°51'3" de longitud oeste del meridiano de Greenwich y 27°19'42" latitud sud».

«La edificación moderna en su mayor parte es regular y bastante compacta, la plaza principal es un magnífico jardín perfectamente bien delineado y cuidado, rodeado de una calle de cedros jóvenes: en ella se ven entre plantas exóticas, muchas propias de la región, como ser grandes guembés, ortigas bravas, helechos, etc.».

«En el frente este de la plaza, está el magnífico edificio de la gobernación, que lo ocupa casi todo, de arquitectura moderna de las mejores...en el frente norte está la iglesia, muy modesta y sencilla, con grandes corredores a los lados. Los demás frentes están todos ocupados con buenos edificios».

«La población de Posadas alcanzará a una 5000 almas con el departamento; su comercio es muy importante: hay muchas casas espléndidamente surtidas que giran grandes capitales fuera de los exportadores de yerba» (cap. XV, 136-137)

4.4.2. Buena parte de la crónica está dedicada a las misiones del área argentino-brasilera. Los pueblos guaraníes se hallaban situados entre los 26°30' y 28°30' de latitud (excepto La Cruz y Yapeyú, entre 29°30'). Por consiguiente, era la suya una región escogida.

Collados y lomadas son excelentes parajes para dominar los contornos. Muchas poblaciones, cuyos alrededores atraen por la belleza del paisaje -dilatadas colinas, anchos valles boscosos, campos rasos, cañadas-, se encuentran enclavadas en tales latitudes. A la entrada de San Lorenzo, el viandante observa.

«la muralla de piedra que rodea la antigua reducción, que está situada sobre una eminencia del terreno, toda invadida por un monte espeso» (cap. V, 71)

Llegando a San Miguel, Ambrosetti ofrece esta perspectiva del pueblo:

«...desde lejos se lo divisa por la gran altura en que está colocado: lo primero que se ve son las ruinas de la torre y la iglesia, masa negra enorme de piedra, que parece un castillo feudal: acercándose más se perciben las casas blancas modernas que se destacan del tinte sombrío de las ruinas y del monte que las oculta» (cap. V, 73)

4.4.3. En todas las reducciones, la iglesia constituye el reducto material y espiritual, que se yergue vertical sobre la chatura horizontal del pueblo. Esto, corriente en comunidades rurales del Viejo Mundo, es intencional en poblaciones jesuíticas. La iglesia otorga cohesión y unidad a la vida aborigen: gracias a ella, cada aldea posee un alma, una vivencia única e intransferible.

Nuestro autor proporciona detalles acerca del Santuario de San Miguel. Su suntuoso templo presentaba

«un atrio con cinco arcos, sostenidos por columna de piedra con una vistosa balaustrada; en la cúspide del templo y sobre una gradería, también de piedra, que coronaba el edificio, se hallaba la estatua de San Miguel, y a los lados la de seis apóstoles. El cuerpo de la iglesia era de tres naves con su crucero y media naranja, tenía 80 metros de largo por 30 de ancho, y 5 altares de talla dorada. En la torre, también de piedra, había 6 campanas...» (cap. V, 74)

Los capítulos descriptivos de los ex-pueblos de la compañía de Jesús conforman un abrumador testimonio del área que Ambrosetti visitara. Hay, en el discurso autoral, ruptura del ritmo temporal -cronológico, lineal- que se mantiene a lo largo de toda la crónica. El visitante, desde su presente (época del viaje: 1891-1892)

despliega fotográficamente la realidad contemplada: escombros y desolación de un ayer mejor.

«Detrás del colegio, por una gran escalera ancha de piedra, se baja a lo que fue quinta, hoy llena de árboles y yuyos: sólo se ven los naranjos que, en todas partes, resistiendo la acción del tiempo, representan el recuerdo vivo de la dominación jesuita» (cap. IV, 61)

En San Luis, el viajero atisba que de la iglesia

«no quedan sino algunos lienzos de paredes de piedra y un sinnúmero de columnas, de piedra también, cuadradas de un solo trozo con capiteles y bases iguales, y con un simple dibujo de cornisa» (cap. IV, 59)

En la secuencia narrativa, aquella época se actualiza a través de la retrospección de la fuente documental. El padre Gay, citado por Ambrosetti, afirma que

«el templo de San Luis tenía 75 varas de largo por 25 de ancho con un magnífico frente de piedra labrada, sus cornisas eran de piedra blanca y roja. Tenía tres naves sostenidas por pilares de madera, de los cuales existen todavía algunos, y rodeada completamente de columnas de piedra que sostenían el corredor... Un espléndido altar mayor, primorosamente labrado y dorado, se hallaba al frente y el interior de la iglesia estaba pintado al fresco» (cap. IV, 59)

4.4.4. La plaza es centro axial, no geométrico, de los pueblos misioneros. Se encuentra rodeada por el templo, la casa de los Padres, de viudas y huérfanos, cementerio, asilos, oficinas y casa de los vecinos, extendidas en cuerpos compactos. Cuando Ambrosetti conoce las ruinas de estas poblaciones, algunas mantienen colegio e iglesia, parcialmente conservados (San Luis, San Lorenzo, San Miguel). En otras comunidades, la ruina es total (La Cruz, San Juan, San Ignacio Miní, Loreto, San Carlos).

En el solar riograndense se encuentran algunas poblaciones reedificadas.

«Todas las casas de San Luis están en su mayor parte construidas con los materiales de los jesuitas: piedras, maderas, puertas, ventanas, tejas columnas, todo poco a poco va a parar a las casas; las piedras se destinan a las paredes, las columnas sirven de umbrales, las maderas de tirantes» (cap. IV, 59)

En el último pueblo de las misiones brasileras, Santo Angelo, ya no quedan antiguos restos.

«Todo es nuevo, allí se vé progreso y animación. Tiene una plaza muy bonita, rodeada de edificios modernos y de casas de negocios. La cámara municipal y policía se halla instalada en un elegante chalet; la mayor parte de las casas tienen techos de teja española y grandes ventanas cuadradas

con vidrieras para subir y bajar, y como casi todas están blanqueadas le dan un aspecto alegre. En el frente norte de la plaza, aprovechando los materiales del antiguo templo jesuita, han edificado una iglesia moderna, de un estilo agradable.

Santo Angelo tendrá más o menos 800 almas, pero su campaña es rica. Es una villa muy comercial; exporta grandes cantidades de tabaco, aguardiente, miel de caña, rapadura, yerba mate, maíz, fariña de mandioca y hacienda vacuna para los saladeros de Cachoeira, Porto Alegre y Pelotas» (cap. VI, 79)

4.4.5. En la zona de San Pedro, Ambrosetti encuentra a indios coroados, de la etnia tupí, reducidos a treinta familias. La comunidad sufrió un proceso de transculturación por su contacto con los blancos, proceso que origina nuevas pautas culturales.

«Viven en casas bastante buenas y grandes, hechas de tabla de pino, paredes y techos. A pesar de hablar portugués y de estar en contacto con éstos, no han podido asimilarse aún; los indios jóvenes nacidos allí visten a la europea y ya no saben manejar flecha ni subirse a un pino para recoger piñones; trabajan muy bien en los yerbales, pero fuera de eso se lo pasan tomando mate todo el día» (cap. XIII, 127)

IV- Sentimiento de la naturaleza

4.1. En la obra que estudiamos, hallamos constantes referencias acerca de la naturaleza como fuente de intereses lucrativos, tal como lo vemos en el aguafuerte de las Misiones finisecular que despliega el analítico pincel de Ambrosetti. La situación intertropical de la provincia favorece el desarrollo de los más variados y ricos frutos de la tierra: productos agrícolas, platas textiles, maderas abundantes y variadas, riqueza ictícola, caza mayor.

4.2. Pero también, la observación del paisaje -acto cognitivo- es fuente de saber y de emoción estética (sentimiento de la naturaleza o endopatía). En actitud desinteresada, el hombre simpatiza con el entorno a través del goce, aunque sea puramente instintivo e inconsciente (anafnoe). La disposición de Ambrosetti ante la naturaleza no es la transitoria de un momento. Es postura vital, constante, sentimiento coherente hecho experiencia en la contemplación, conformada a la medida de su espíritu.

Existe un sendero de interiorización que revela este proceso: observación del objeto y de su circunstancia; conocimiento por simpatía y armonía con el propio sentimiento vital; apre-

hensión de su totalidad y de sus notas distintivas, desde un nuevo ángulo recíproca corriente de simpatía («Sufrir con la naturaleza»); objetivación, en la palabra creadora, del objeto, del sujeto y de su circunstancia.

4.3. El agua es ser estético, «Conciencia del paisaje» (Unamuno). Una de las imágenes humanísticas por excelencia.

«La barra del río Paraíso o Ipané, espléndida, ancha, como para servir de refugio a una gran embarcación; con sus orillas magníficas llenas de vegetación frondosa que al ser reflejadas en sus aguas le daban un tinte verdoso»

El paso abrupto del río, donde se han acumulado con urgencia de cataclismo bloques erráticos y cantos rodados, es también recodo de inédita magnificencia. El paisaje no es sólo ámbito, naturaleza geográfica. El Moconá es también instancia en ecuación con el espíritu que contempla estéticamente. El cronista inmoviliza la sensación que traduce su dinamismo.

«El salto se presenta espléndido, magnífico, el viajero se siente extasiado... fascinado sigue como atraído... mirando siempre asombrado» (cap. XI, 109)

Pero también surge el terror cuando se enfrenta la catarata.

«Mi primera impresión fue de sorpresa al ver desaparecer súbitamente el majestuoso Uruguay... luego fue de admiración ante una obra tan magnífica; pero después el recuerdo terrorífico de su nombre «el que tragó» a mi mente los naufragios anónimos de las canoas que por allí se despeñaron y hasta me pareció oír el grito angustioso de los naufragos rápidamente ahogado por el trueno retumbante de sus aguas» (cap. XI, 110)

Como lo trasunta el texto, pánico y embeleso son dos emociones del plano vital. El sentimiento de lo efímero, la evidencia de la finitud, son una faceta de lo trágico. es uno de los aspectos que nos ofrece el «topoi» de la muerte, de tan rica y amplia connotación. Recónditamente, conmueve la tarea aniquiladora del tiempo, que desata sus poderes para minar todo lo que un día tuvo poder, riquezas, orgullo. Las ruinas son un tema clásico (Castiglione: «Superbi colli») y Ambrosetti es testigo de una realidad inexorable. El cúmulo de restos seculares lo conmueve íntimamente en el antiguo pueblo jesuita de San Javier.

«El monte lo ha invadido todo; grandes pedazos de paredes se encuentran de pie; todavía se ve algunos cuartos sin techo y con las paredes incompletas pero

llenas de árboles; por el suelo, trozos de columnas y piedras de todas formas; todo escondido y cubierto por esa vegetación exuberante que parece se empeñase siempre en querer borrar el pasado» (cap. II, 46)

4.4. La trascendencia nocturna y lunar conforma un eje temático. En su relación con el hombre, la noche se revela como misterio o como fuerza hostil o amistosa. Ornamento del paisaje, la nevada luminosidad de Selene deja sospechar imágenes confusas en la selva de la picada grande, donde el jinete imagina al mundo vegetal en esotéricas actitudes de seres invisibles y sobrecogedores.

«Íbamos al trotecito, gozando del fresco de la noche... una luna espléndida nos alumbraba el camino que, al proyectar la sombra de los árboles, tenía un aspecto extraño; todo lo que nos rodeaba era lo mismo, los grandes helechos parecían enormes paraguas, las matas de ortiga brava se asemejaban a grandes perchas de inmensos corazones, los árboles con sus brazos retorcidos como gigantes fantásticos, libraban batalla desesperada contra sepientes más fantásticas aún, los líquenes, helechos y otros parásitos le daban un aspecto de monstruos velludos, las tacuaras, describiendo su graciosa curva sobre el camino adornadas con sus manojos de hojas, parecían arcos de un inmenso palacio; de vez en cuando, algún isipó tronchado y suspendido sobre nuestras cabezas como un serpentón, parecían querernos saltar al pasar» (cap. VII, 84)

También la luna, en la hora nocheriega, acompaña los interrogantes existenciales o es testigo de los hechos. Pronto a dejar el solar nativo, rumbo a tierra portuguesa, el temor del desarraigo embarga a Ambrosetti.

«Esa noche, sentado en el patio, mientras gozaba de la brisa fresca con una luna espléndida que iluminaba ese suelo que tanto se presta a la fantasía, me puse a reflexionar... Al otro día, debía cruzar al Brasil y quién sabe hasta cuándo no volvería a ver un pedazo de suelo argentino. La idea de ser extranjero en un país extraño, tan distinto en usos y costumbres, me hacía en ese momento querer más mi tierra» (cap. II, 51)

He aquí una voluntad heroica. Es el sentimiento nostálgico del terruño amado; la más antigua y simple expresión de «saudade», de deseo doloroso del retorno.

El encanto de la noche al raso convoca a los viajeros junto al fuego, iluminados por el resplandor de la llama.

«Las noches en que se duerme al raso tienen también su encanto. Rodeando el fogón, mientras se churrasquea y el mate pasa de mano en mano, entretenidos en mirar la llama jugarona subir y bajar, lamer los palos en sus infinitos e innumerables movimientos, es algo que atrae, que fascina,

que se hace necesario. ¡Ah...el fogón! no hay como el fogón en viaje, sobre todo cuando hace frío...» (cap. V, 73)

4.5. El espacio abierto es sustrato lírico que fundamenta la reacción sico-somática de Ambrosetti, quien ansía ser libre como la cruda claridad que asolea la campiña.

«Descubrir la sensación que se experimenta al encontrarse en un campo bañado de luz, cuando se ha marchado casi tres días en el monte, sin ver más que árboles y no teniendo la vista sino un campo muy reducido de acción, envuelve siempre en una claridad difusa, es algo que no se puede describir: parece que los pulmones se ensanchan; dan ganas de galopar, de reírse y hasta de cantar» (cap. XIII, 123)

El influjo físico de la naturaleza se mezcla al clima en cuanto valor, cuando el campo es visto como fuente de salud o comodidad.

«Ese clima misionero es admirable, el calor del día queda compensado por el fresco invariable de la noche; aquellos inmensos bosques que cubren sus altas sierras funcionando como desinfectadores enormes con sus perfumes ardientes, embalsaman el aire que da a los cuerpos energías vigorosas y una salud de hierro» (cap. XV, 141)

4.6. La páginas de Ambrosetti culminan con un eglógico cuadro misionero, que trasunta la «nostalgia de una vida más bella», como aspiración a una realidad más amable. Una de sus dimensiones es el bucolismo, de complejidad conotativa, que implica un renunciamiento «lai-co» del mundo.

«Misiones atrae: el que vaya y se establezca allí, se siente embargado, preso de esa sirena encantadora que difiere de la mitología porque no mata; el hombre se siente prendado, ante la exuberante naturaleza, goza pronto de bienestar por la feracidad de la tierra que no espera sino la semilla en su seno que la ha de fecundar» (cap. XV, 142).

El autor asume una actitud contemplativa, que encierra la gravitación de la «aurea mediocritas», el «*beatus ille*» horacianos; el «o fortunatos» de Virgilio y la dicotomía ciudad-campo. Todo lo cual conforma un escape de la realidad, de cuya ingratitud el hombre quiere liberarse.

«Allí todo es bello y grandioso: el bosque, los ríos colosos que la envuelven en sus frescas ondas, el aire perfumado que se respira, los paisajes deliciosos, los saltos de agua que juegan caprichosos por entre las piedras de sus cerros, las brillantes mariposas multicolores que se bañan en la luz de cualquier rayo de sol y hasta el silencio majestuoso de la naturaleza, que dormida al parecer, desarrolla esas enormes fuerza vitales que laten en ese mundo tranquilo y salvaje» (cap. XV, 142)

La arquitectura discursiva nos presenta una sintaxis alargada de amplio párrafo. El ritmo explayado se equilibra en pluralidades homogéneas, a través de las cuales la descripción fluye en bimebraciones correlativas, que despliegan el contenido de la proposición inicial (esquema analizante). En página antológica, la nostalgia reminiscencia autoral configura la unidad evocativa, cuyos niveles va graduando la gravitación de los recuerdos. La poesía de la dicha campesina recoge la paz y santidad de «natura», honrada por el trabajo y la sencilla alegría.

«Allí el cerebro fatigado en los embates intelectuales de las ciudades, reposa para volver a vibrar con mayor fuerza en otro orden de ideas; allí se predispone a la poesía de la naturaleza virgen y pródiga y no a las elucubraciones lloronas de un físico de gabinete; la vida parece renacer, se vuelve a vivir una vida nueva, llena de sensaciones desconocidas, donde se vigorizan simultáneamente el cuerpo con el cerebro» (cap. XV, 142)

El discurso descriptivo enfrenta dos concepciones opuestas de la vida, reiteradas como constantes desde los orígenes del hombre. El bucolismo es el modo existencial más próximo al «orden de la naturaleza», merced a la cual se mantiene distante de toda contaminación. Los dos términos ciudad-campo están plenos de significación. Se reacciona contra las adulteraciones introducidas por la civilización (ciudad). Cargos, honores, suponen el «*nec otium*», el «negocio»; la vida descansada, tan cara a Fray Luis, halla equilibrio, serenidad, en contacto con la tierra.

«Algún día no lejano, Misiones estará poblado como merece, y cuando sus campos estén cultivados y el hombre haya transformado la naturaleza hoy inculta y al caer la tarde se siente en un hogar tranquilo y satisfecho de la labor diaria en medio de su prole feliz, todo será para él amor y bienestar, hasta la brisa fresca de la oración a pasar por su frente despejada, le secará, acariciándolo suavemente, el resto de sudor» (cap. XV, 142).

René Berthelot, en «La sagesse de Shakespeare et de Goethe» señala que el ideal virgiliano es «llegar a un estado interior en donde el alma, como la del pastor o la del campesino, no aspira a los falsos bienes, a las falsas riquezas, a las ambiciones vulgares, que son propias de las ciudades». De este modo, la ruralia se transforma en el último refugio de las excelencias perdidas.

VI- Corolario

El análisis efectuado no ha pretendido agotar todas las posibilidades del Viaje a las misiones.

argentinas y brasileras por el Alto Uruguay, obra que contiene rico material y riqueza informativa.

Se intenta concitar la atención sobre ella y poner al alcance del lector una serie de textos esclarecedores. No hemos estructurado nuestro material en forma estricta sino interpolado: la diversidad de los temas y su problemática no

acepta otra presentación. Además, muchas de las subdivisiones realizadas en la exposición y análisis son susceptibles de búsquedas independientes y extensivas al resto de la obra de Juan Bautista Ambrosetti.